

# «Las letras del análisis»<sup>1</sup>

Isidoro Vegh

## Resumen

*El texto de Freud «Moisés y el monoteísmo» es nombrado por Lacan, como el que estuvo junto a él en el tiempo en que introdujo en el campo del psicoanálisis la metáfora paterna. Es lo que explícitamente nos dice en su seminario sobre las psicosis. Texto esencial en la producción freudiana, en él se expone, una vez más, el mito del asesinato del padre. Sin embargo, así dicho nos induce al error, que al mismo Freud también lo confundió. «Tótem y tabú» es exactamente lo contrario de este texto. En «Tótem y tabú», según el relato que Freud a su vez recogiera de Darwin y de Atkinsons, en tiempos primitivos los seres humanos vivían en hordas. Dominados por el protopadre, quien disfrutaba del goce y de su distribución, los hijos, hartos de su autoritarismo, lo matan y lo comen en la comida totémica. El amor y la culpa hacen que este padre muerto retorne bajo el modo de la ley. Se establece un acuerdo, también por conveniencia, para frenar las sucesivas guerras, que ninguno disfrutará del goce de la madre. Y se establece por primera vez, la ley que inicia la humanidad: la prohibición del incesto. Texto freudiano resumido al extremo.*

*En «Moisés y el monoteísmo» parece lo mismo y sin embargo no lo es. Ya no se trata de la muerte del padre de la horda, el poseedor de todo el goce, sino de la muerte, del asesinato del líder del pueblo judío por sus propios adeptos, asesinato del padre que introduce la Ley, precisamente lo contrario del padre gozador, muerte del padre que introduce el decálogo que establece una regulación simbólica del goce.*

*Lacan subraya que en el texto sagrado puede leerse en los distintos nombres de Dios: Yahvé, como lo establece el mismo Freud, puede referirse en sus antecedentes a un dios ctónico, volcánico, colérico, apto para representar el dios del goce. En cambio El-Sadday, en el texto sagrado, aparece como el dios que introduce el pacto, por el cual Dios deja de reclamar sacrificios y el hombre a cambio, acepta a ese dios como único, reconoce que ningún humano puede tener la certeza de Dios, en*

*cuyo nombre el decálogo establece un límite a su goce. No matarás, es su emblema mayor.*

*A partir de estos recorridos presentamos las condiciones actuales que significan la relación del judaísmo, con nuestra cultura occidental, su relación con las otras dos grandes religiones monoteístas y la razón de la reiteración de persecuciones, asesinatos y genocidios que muestra también la disposición inadecuada del ser humano a su encuentro con la ley.*

Quiero agradecer la presencia de dos amigos a quienes invité para esta reunión. Uno es Jaime Kerschenblat, estudioso del libro sagrado, me acercó frases que me ayudaron a avanzar en mis reflexiones. La otra presencia que agradezco es la de Jorge Belinsky, amigo y colega que vive en España desde hace muchos años. Por el tema que vamos a desarrollar me resulta muy grata la presencia de ambos. Desde ya, la de todos ustedes que me vienen acompañando a lo largo de este seminario.

Hoy vamos a encarar cuestiones que no son fácilmente distinguibles: en el mismo texto de Freud están las letras que invitan a deslizamientos que nos confunden.

La vez pasada habíamos subrayado del seminario que Lacan tituló «Los nombres del padre», de qué modo tan enigmático decidí suspenderlo, al modo de un castigo para aquellos que lo habían expulsado de la IPA. Habíamos subrayado que Lacan agradecía a quienes se lo habían a su vez mostrado, que en el texto sagrado, en la Biblia, en el Antiguo Testamento, había un nombre de Dios que no era común destacar El-Sadday. El-Sadday aparecía mencionado en el momento en que el dios del pueblo judío se presenta al protopadre, Abraham, y le propone el pacto. Pacto que en hebreo se dice Brith, que es también como se dice circuncisión. Habíamos visto que este Dios, El-Sadday, Lacan lo oponía a los Elohim, en plural para marcar que el Elohim que luego es presentado en el Antiguo Testamento tiene sus precedentes en un dios que venía de tradiciones previas. La contraposición que Lacan subrayaba era

que mientras El-Sadday se presentaba como el dios del deseo y su deseo era pasar la ley, el Elohim era el dios del goce.

Hecho ese recorrido, nos va a servir de base de lanzamiento para lo que queremos desarrollar y en donde queremos concluir el seminario de este año. Vamos a otro texto importante de la producción freudiana, quien nos lleva a él es también Lacan (1981) cuando en el seminario sobre «Las psicosis» dice, refiriéndose a las cartas de Freud a Fliess:

«¿Tendríamos nosotros el tono de Freud si no hubiéramos tenido esas cartas? Sí, igualmente, pero ellas nos enseñan que ese tono jamás decayó y que no es otra cosa que la expresión de esto que orienta y vivifica su búsqueda. En 1939 todavía, cuando él escribe «Moisés y el monoteísmo», se siente que su interrogación apasionada no ha decaído y está siempre del mismo modo encarnizado, casi desesperado, como él se esfuerza de explicar como sucede que el hombre en la posición misma de su ser, sea tan dependiente de estas cosas para las cuales él no está manifiestamente hecho. Eso está dicho y está nombrado —se trata de la verdad. Yo he releído «Moisés y el monoteísmo» con la intención de preparar la presentación que se me ha encargado de hacerlos de la persona de Freud en dos semanas».

La lectura de *Moisés y el monoteísmo* es con la que Lacan trabaja en el seminario de «Las psicosis» donde produce la metáfora paterna. Nos indica que hay algo esencial en este último texto de Freud escrito en los umbrales de su muerte y que se presenta a nosotros con singularidades llamativas tratándose, como dice Lacan en referencia a Freud, de este encarnizado defensor de la verdad. ¿Qué le pasó a Freud con la escritura de este texto?

Un antecedente, Freud escribió sobre Moisés un texto clásico en 1913, en el otoño, que llamó *El Moisés de Miguel Angel*. Lo publicó sin poner su nombre. Recién en 1924 decidió presentarlo con su firma. No pareciera ser el estilo de Freud. Veamos que le ha sucedido con este otro texto cuyo título en alemán es *Der Mann Moses und die monotheistische Religion: Drei Abhandlungen* (El hombre Moisés y la religión monoteísta. Tres ensayos). No sé por qué se lo traduce como *Moisés y el monoteísmo*. No es lo mismo. Es un texto que está compuesto por tres ensayos. Freud (1976) publica el primero y comienza así:

«Quitarle a un pueblo el hombre a quien honra como al más grande de sus hijos no es algo que se emprenda con gusto o a la ligera, y menos todavía si uno mismo pertenece a ese pueblo».

*First question*, como dicen nuestros amigos ingleses, Freud subraya su pertenencia al pueblo judío y dice que no le resulta fácil. Lo dice en impersonal pero está hablando de su propia stirpe.

Algunas páginas después, en el comienzo del segundo ensayo que publica años más tarde, separado del anterior, recuerda que había dado una tesis muy dura, el título de este segundo ensayo retoma la conclusión del anterior, «si Moisés fuera egipcio». Lo cual es mucho decir, como si nos dijeran si San Martín fuera inglés, y estoy haciendo una comparación que tectea por todos lados.

«Ninguna verosimilitud, por seductora que sea, resguarda del error; aunque todas las partes de un problema parezcan ordenarse como las piezas de un rompecabezas, debiera tenerse en cuenta que lo verosímil no necesariamente es lo verdadero y la verdad no siempre es verosímil. Y, por último, no es nada halagüeño que a uno lo incluyan entre los escolásticos y talmudistas, quienes se solazan en el juego de su propia agudeza, sin importarles cuán ajena a la realidad efectiva pueda ser su tesis. A despecho de tales reparos, que hoy pesan tanto como entonces, de la querrela entre mis motivos ha salido adelante la decisión de continuar, como aquí lo hago, aquella primera comunicación. Pero tampoco ahora es el todo, ni la pieza más importante de él» (Ídem, p. 17).

Está avisando que tiene una dificultad para presentarlo, tiene temor a ser identificado como un escolástico o un talmudista y dice que además se guarda lo más importante. No es tan común en la pluma de Freud.

Veamos otra marca de la dificultad en la escritura, es en el tercer ensayo donde vendría lo que hasta entonces guardara.

«Con la temeridad de quien tiene muy poco o nada que perder, voy a quebrantar por segunda vez un bien fundado designio, haciendo seguir, a mis dos ensayos sobre Moisés publicados en *Imago*, esta pieza final que me había reservado» (Ídem, p. 52)

Habla de la dictadura en la Rusia soviética que le quitó a la gente la posibilidad de pensar, habla del fascismo en Italia, y sobre la barbarie del pueblo alemán, en el año 38 en Viena, con la amenaza inminente de la invasión nazi sobre Austria. Dice que vacila en presentar su texto porque, paradójicamente, los únicos defensores en ese momento de un poco de democracia y de libertad era la conservadora iglesia católica austriaca y temía que por su escrito pudiera ofenderla y perder la

única posibilidad de resguardo para que el psicoanálisis continuara en Austria. Este es el argumento que él nos da. ¿Es eso nada más? Es más, ¿será eso? Es verosímil, pero ¿es la verdad?

«Me parece mucho más posible que la maldad y el placer sensacionalista hayan de compensar lo que a mí me falta en el reconocimiento de mis contemporáneos —habla de lo que podrían criticarlo, por la falta de sostén, de pruebas teóricas e históricas—. Por tanto no daré a luz este trabajo, pero ello no podrá disuadirme de escribirlo» (*Ídem*, p. 54) Por último, en la parte II del tercer ensayo, después de su salida al exilio cuando se va de la Alemania nazi y consigue llegar a Londres, dice que vuelve a escribirlo y que va a haber repeticiones. «¿Por qué no lo he evitado? La respuesta es para mí fácil de hallar, mas no de confesar. No fui capaz de borrar las huellas de la historia genética, en todo caso insólita, de este trabajo» (*Ídem*, p. 100)

Está diciendo más de lo que sabe, como cualquiera, este trabajo tiene huellas que tienen que ver con su historia, quizá podamos leer ahí algo de la historia de cada uno de nosotros.

«En realidad fue escrito dos veces. Primero hace algunos años en Viena, donde yo no creía en la posibilidad de poder publicarlo. Me resolví a dejarlo estar; pero me martirizaba como un “alma en pena”» (*Ídem*) —dice López Ballesteros, Etcheverry lo traduce como «espíritu no apaciguado».

Como dijo William Blake, el gran poeta y pintor inglés, quien no realiza su deseo engendra peste. Con las palabras de Freud digo: quien no avanza en su deseo anda por el mundo como un alma en pena.

«Al resto, que contenía lo verdaderamente chocante y peligroso, la aplicación de los hallazgos a la génesis del monoteísmo y a la concepción de la religión en general, lo retuve, según creía, para siempre. [...] Apenas llegado a Inglaterra, hallé irresistible la tentación de poner al alcance de mis contemporáneos mi guardado saber, y empecé a reorganizar el tercer fragmento del estudio como una continuación de los dos ya aparecidos» (*Ídem*)

No podemos negar el contexto histórico, la persecución nazi, lo que significaba no sólo para los nazis, también para los católicos y los judíos abordar el tema en este momento. Pero, ¿no será que por algo se le ocurre a Freud justo en ese momento, él que manifiestamente se dice judío, retomar los puntos fundacionales de la tradición que lo incluye,

Moisés, su líder, y la religión que es el sostén y el eje de la historia del pueblo judío?

Con estos antecedentes, que no son pocos, vamos a comenzar una puntuación del texto *Moisés y el monoteísmo*. Para encontrar en la letra algo que nos dé la razón por la cual Lacan acudió a él para de escribir un pilar de su teoría, la metáfora paterna, y de que Freud lo presentara contra su costumbre, contra su osadía, —sabemos que soñaba con ser Aníbal, el que iba a conquistar Roma— con tantos reparos.

Primero, se titula El hombre Moisés y el monoteísmo: si es un hombre no es un Dios. ¿Qué propone Freud en este texto? En el primer ensayo, abunda en una tesis a la cual llega haciendo algunas preguntas al modo de un Sherlock Holmes austríaco, paso a paso en la investigación. Dice: «Moisés, líder, legislador, fundador del pueblo judío». Algo junta el lugar del liderazgo con aquél del que pasa la ley y con el lugar de la fundación. Dice que se llama Moisés; según la Biblia, la traducción sería «recogido de las aguas», pero dice que aún en hebreo una traducción más ajustada a la letra sería «el que recoge de las aguas». Si seguimos el relato bíblico según el cual Moisés fue recogido de las aguas por una princesa egipcia, tal vez una hija del faraón, parece extraño que ella, que era egipcia, le pusiera un nombre del pueblo esclavo, del pueblo hebreo. Cita a varios estudiosos de la antigüedad egipcia, nos recuerda que Mose era un nombre común en el Egipto antiguo y que quiere decir hijo. Dice Freud, muchos autores lo han subrayado, que lo que sorprende es que ninguno se haya animado a decir que Moisés Mose podría ser que fuera de origen egipcio. Recuerda lo que había trabajado uno de sus discípulos, Otto Rank, sobre el mito del nacimiento del héroe. Un mito que podemos encontrar en las fantasías infantiles, en la novela del neurótico, tiene la estructura que compone al modo de las fotos mixtas de Galton, que luego trabajaron los formalistas rusos, por ejemplo Vladimir Propp en el cuento ruso, con elementos estructurales que se repiten. Se trata de un niño que nace en una familia de alta alcurnia, generalmente con dificultades para el engendramiento, que por alguna razón es abandonado por sus padres, recogido por animales o bien por alguna familia de clase baja donde es criado, muchas veces es encontrado en un cesto, en las aguas, que Freud no deja de señalar como un simbolismo del nacimiento. Esta saga del nacimiento del héroe suele resolverse en el momento en el cual se produce el reconocimiento del verdadero origen, la vuelta del niño, ahora como héroe que mata al padre que lo

abandonó o bien en la reconciliación como en *Daphnis y Cloe*. Con Moisés, dice Freud, sucede al revés, la historia dice que su nacimiento fue en una familia de baja alcurnia, la que lo cría es la princesa egipcia y el reconocimiento subrayó su filiación judaica, su origen esclavo. Freud también dice que hay un núcleo de verdad histórica, lo que él llama *Geschichte* que opone a *Historisch*, la verdad histórico-vivencial, lo que el sujeto construye como historia. Lo que es del orden de la verdad objetiva, del *Geschichte*, es que la familia en la cual es criado es su verdadera familia, lo otro no es más que el fantasma, «nazco en una familia de clase humilde y sueño que fue un error, mis verdaderos padres son los reyes». En el caso de Moisés, la verdadera familia que lo cría es la princesa egipcia, se cría en la corte del faraón. Entonces, establece su primera conclusión, Moisés habría sido egipcio. De allí en más parte a una segunda pregunta, ¿por qué un egipcio habría buscado para que sean sus seguidores un pueblo sujetado, humillado, un pueblo esclavo, el pueblo hebreo? Esto lo desarrolla en el segundo ensayo con más detalle, dice que tendríamos que remontarnos a un hecho que la historia certifica, que existió por aquellos tiempos, 1400 a.C., un faraón egipcio, Amenhotep III, que llevó los límites de Egipto de las márgenes de un reino a un extenso imperio. Su hijo, Amenhotep IV, igual que su padre consagrado según la religión imperante al culto de Amón, dios principal de la mitología egipcia, cambia su nombre y lo conocemos en la historia como Ikhnatón, según Etcheverry, o Akhenatón como lo llama Ballesteros, pues no están escritas las vocales, sólo tenemos las consonantes. Su terminación en «atón» nos dice que hubo un cambio, se pasó del dios Amón que vertebraba una corte de dioses de un politeísmo, a un dios único llamado Atón. Este dios único, Freud aquí parece que fuera un marxista de viejo cuño, dice que seguramente surgió como dios único y universal como reflejo en la religión de la expansión del imperio egipcio. Pensamos que la cosa no es tan simple, Freud dice eso, no es lo central de su estudio. Cuenta, está en la historia que este faraón traslada la corte de Luxor, donde habitaban los sacerdotes, la clase dominante, porque el poder egipcio lo sustentaba una teocracia, a otro lugar, cerca de Il-Marna, donde se han encontrado restos del reinado de Ikhnatón. Instituye con mano férrea a la religión de Atón a quien lo representa con un disco solar. Es verdad que ahí hay cierta dualidad entre algo espiritual, un dios universal y único y su representación en un disco solar, pero que no tiene más que ese atributo de ser el disco solar sin

ninguna otra propiedad. Eliminó la veneración de los muertos y el más allá que para los egipcios fuera tan importante, así como el culto de Osiris, uno de los dioses más populares en la religión egipcia, era el dios de las tinieblas. Eliminó todas las artes de magia, hechicería y ensalmo, —el ensalmo es el hecho de curar a alguien con fórmulas mágicas; sería un antecedente de las psicoterapias—. Propone junto con el dios único, —esto es lo interesante, Freud dice que es el primer antecedente que conoce en la historia de la humanidad— un monoteísmo acompañado de valores éticos, en las inscripciones que han quedado de Ikhnatón siempre figura Atón Maat, donde Maat quiere decir verdad y justicia. Van juntas la introducción de una deidad única y universal, con la propuesta de valores éticos. Cuando muere Ikhnatón hay una revuelta contra su religión, la clase sacerdotal vuelve a tomar el poder centrada en la vieja religión de Amón. Todo lo que tuvo que ver con la nueva propuesta fue perseguido. La tesis de Freud es que Moisés habría sido un sacerdote de la religión de Atón, siéndole inviable la posibilidad de llevar el mensaje de ese dios único y también ético en el pueblo egipcio, elige al pueblo hebreo como seguidores para sostener su credo. Freud dice que la idea del pueblo judío de ser el elegido de Dios no sería sino un desplazamiento del hecho de haber sido elegido por su líder, Moisés. Pero Freud avanza, hasta aquí ya era bastante herético suponer que Moisés fuera egipcio, que la religión monoteísta y sus valores éticos se originaron antes de que apareciera la religión judaica. Dice que leyendo a un estudioso del texto sagrado y de la antigüedad, Ernst Sellin, éste había descubierto en el libro de los profetas, en Oseas, en el Antiguo Testamento, que podría inferirse que Moisés, que según la Biblia tuvo que enfrentar la herejía del becerro de oro a la que reprimió con mano dura, enfrentó otra sublevación que todo pareciera indicar, quería una restauración de la idolatría y culminó con su asesinato. También cita las referencias a la mujer de Moisés, Séphora, hija de Jethro, un sacerdote madianita. Menciona entonces a Yahvé, Jehová como se suele decir, como un dios que no es el mismo dios que el que introdujo el monoteísmo ético, sería un dios ctónico, —los dioses ctónicos son los dioses de la tierra—, más precisamente un dios volcánico, marcado en el texto en la columna de fuego que se ve a la noche cuando este dios guía al pueblo judío en el desierto, o en la nube que la reemplaza durante el día, elementos propios de un dios volcánico, un dios bárbaro, un dios colérico, un dios del goce. Dice que en Qadesh, mencionado en la Biblia, es donde se habría

producido el encuentro de las tribus que habrían asesinado al primer Moisés con otras tribus del lugar y habrían hecho una fusión, un acuerdo. De ese pacto habría surgido un nuevo liderazgo con un segundo Moisés. Se introdujo nuevamente una referencia a la religión monoteísta, que no se produjo en un día ni en dos sino en siglos, va nombrando distintos tiempos del relato y de la escritura que la historiografía registra en el texto sagrado, se habría producido un «hecho esencial», Freud lo subraya, habría habido un retorno de lo reprimido. ¿En qué consistió ese retorno de lo reprimido? En que hubo una vuelta de lo sublime: de a poco, los levitas, —podemos suponer que los levitas estuvieron con Moisés porque él era un levita, Moisés habría sido un sacerdote, eran los antiguos sacerdotes egipcios que habrían seguido con él, por eso le fueron fieles—, habrían conseguido imponer el mensaje ético primero de su dios único y abstracto. Con los siglos se habría impuesto al dios bárbaro, al dios del goce, a Yahvé el dios volcánico. Este hecho esencial, el retorno al dios antiguo, tiene varios efectos que dan razón del carácter del pueblo judío. Por un lado, que este dios abstracto que elimina hechicería, magias y ensalmos, en el judaísmo se extrema, se elimina toda posibilidad de imagen o escultura como modo de evitar cualquier retorno a la idolatría. Advertimos, no es lo mismo que el título del texto de Freud sea «El hombre Moisés y el monoteísmo» que «Moisés y el monoteísmo», ya desde el título subraya que Moisés no es un dios porque hay sólo uno. El rezo que subraya el pueblo judío: «Escucha, Israel, Adonai es nuestro Dios, Adonai es único, Dios es uno.» Dice Freud que esto produce una eficacia: prohibir imágenes, estatuas, amuletos es una restricción del goce pulsional que queda disponible para la sublimación. Uno de los caracteres que Freud subraya en el pueblo judío es su relación a la cultura, su creación en las ciencias, en las artes, en el pensamiento, probablemente su contribución a la creación del primer alfabeto, y esencialmente los valores éticos, el Maat de Atón, la relación a la verdad y a la justicia, que está sostenido en el Antiguo Testamento bajo el modo de «Los diez mandamientos», el decálogo. Comienza con el primero que es «Yo soy tu Dios, tu único dios». Ustedes dirán: «¿Y eso qué tiene de ético?» Es que si hay un dios único, ningún ser humano puede decir «Yo soy Dios». Implica una propuesta de castración en la medida que ningún humano puede pretenderse con la certeza de la palabra de Dios. Pero tiene un precio, dice Freud, que atraviesa a la historia judía con persecuciones, muertes,

genocidios. Recuerden cuándo está escribiendo esto. Y es que el judaísmo queda atravesado por un sentimiento de culpa, fundado en una doble razón: la primera es la negación de haber asesinado a su líder. La segunda es que el Dios que lo eligió como pueblo no pareciera haberle dado la leche y la miel que le había prometido; para seguirlo venerando en vez de reprocharle que no cumple con el pacto, se hecha la culpa sobre sí mismo. Esta es la tesis de Freud, quien dice que del mismo judaísmo salió alguien que tuvo la osadía y la visión de reconocer esta culpa original, fue un judío fariseo, romano, oriundo de Tarso, llamado Saulo de Tarso y conocido como Pablo. Pablo es el gestor de la religión cristiana. Pablo no conoció a Cristo, escribe sus epístolas años después de su muerte, los apóstoles sí fueron testigos presenciales de la peripecia cristiana. Pablo, cuando construye los fundamentos de la religión cristiana comienza diciendo que todos somos pecadores, que hay un pecado original. Y en la religión cristiana el hecho esencial que la constituye está centrado en la figura de Cristo, y Cristo, como dice Nietzsche, es el dios al que los hombres matamos, el cristianismo reconoce que tenemos un pecado original, que hemos matado a Dios.

Éstas son las tesis que Freud propone en *Moisés y el monoteísmo*. He hecho una puntuación selectiva, ciertamente el texto es más rico. Son muchas las cuestiones que están en juego, quisiera subrayar una: en el tercer ensayo Freud dice que esto que escribió en *Tótem y tabú* sobre el asesinato del padre primordial es lo que está retomando ahora en relación al líder del pueblo judío, Moisés. Recuerda lo que ya había formulado en *Tótem y tabú* en 1912: siguiendo a Darwin quien citaba a Atkinsons, el ser humano en los comienzos de la humanidad habría vivido en hordas dominadas por un macho adulto que gozaba de todos, impedía a los demás hombres, a sus hijos, tener el goce de las mujeres, hasta que éstos un día se unen, matan al padre y lo comen en la comida totémica. Luego, por un sentimiento de culpa y de amor a su padre, retorna como acuerdo entre los hijos que ninguno se queda con mamá ni con las hermanas, se funda la exogamia y aparece la ley, que es principio y fundamento de la humanidad, la prohibición del incesto. Freud dice que esto que sucedió en tiempo primitivo se repite en la historia de Moisés. Aquí es donde digo que Freud se confunde y nos confunde.

Tengo un libro que se titula *Freud's Moses*, de un historiador judío, Yosef Hayim Yerushalmi (1991). Este libro lo tengo gracias a una amiga y colega, Donna Bentolila, que vive en Miami. Es un

libro que fue comentado y discutido por Jacques Derrida. En este libro, una de las preguntas que se hace Yerushalmi es esencial: ¿qué relación hay entre psicoanálisis y judaísmo, podríamos decir que el psicoanálisis es una ciencia judía? Derrida discute esta tesis con Yerushalmi y cita la que dice es la carta escondida que guardaba Yerushalmi. Voy a leer una baraja importante que nos va a permitir avanzar en la cuestión en juego. Dice Derrida (1997) en su libro que se llama *Mal de archivo*.

«Se trata de una inscripción en forma de dedicatoria. Fue escrita por la mano de Jakob, hijo de R. Shelomoh Freud, el archipatriarca, el abuelo del psicoanálisis, destinada a su hijo, Shelomoh Sigmund Freud, el día de su trigésimo quinto aniversario, en Viena, el 6 de mayo de 1981 (29 Nisan 5651)» —calendario judío. Un don portaba esta inscripción. Lo que el padre da a su hijo es a la vez una escritura y su soporte. El soporte en cierto modo fue la Biblia misma, el «Libro de los libros», una Biblia Philippsohn que Sigmund había estudiado en su juventud. Su padre se la devuelve, tras habérsela regalado ya antes —el séptimo día de su nacimiento, en la antesala del brith, el pacto—; se la restituye como un regalo, con una nueva encuadernación de cuero.» (*Idem*)

¿Qué dice la misiva que el padre envía a dar a Freud? La leo como está en castellano, en la traducción del texto de Derrida; donde están las fotos, muy impactantes, con la doble versión en hebreo y en alemán.

«Hijo que me eres querido, Shelomoh. En el séptimo día en los años de tu vida (In the seventh in the days of the years) [cada párrafo es un párrafo tomado de la Biblia o del Talmud, la dedicatoria del padre está así construida, el libro de Yerushalmi dice las referencias exactas, Deuteronomio, Números, tal libro del Talmud, etc.] el Espíritu del Señor comenzó a agitarte y Él se dirigió a ti. Ve, lee en mi Libro, el que yo he escrito, y se te abrirán las fuentes de la inteligencia, del saber y de la sabiduría. Éste es el Libro de los libros donde los sabios han excavado, donde los legisladores han aprendido el saber y el derecho. Tu has tenido una visión del Todopoderoso, tú has oído y te has esforzado en hacer, y has planeado sobre las alas del Espíritu. Desde entonces, el Libro ha permanecido en reserva, como los pedazos de las tablas, en un arca en mi poder. Para el día en que tus años han alcanzado cinco y treinta, yo lo he recubierto de una nueva funda de piel y lo he invocado «Brotá, oh pozo, cántale!» y te lo he dedicado para que sea para ti un memorial, un recordatorio, [...] del afecto de tu padre que te ama con un amor eterno. *Jakob hijo de R. Shelomoh Freud*, Viena capital, 29 nissan 5651 6 de mayo 1891.» (*Idem*)

Derrida le pega un golpe bajo a Yerushalmi, le dice: «tu pregunta sobre cómo influye en el psicoanálisis el judaísmo de Freud, es tu pregunta. Eres tú, Yosef Hayim, quien está marcado por el judaísmo.» Pero Derrida es inteligente y sabe que eso le vuelve en *boomerang*, dice, «yo también me llamo Hayim».

¿De qué se trata, cuál es el obstáculo? Tiro mi baraja, no es el problema de Dios es la cuestión del padre, se trata del padre.

Hay un autor que estuvo hace poco en Buenos Aires, François Balmès, que escribió un libro que se llama *El nombre, la ley, la voz. Freud y Moisés: escrituras del padre 2*, (1999). Voy a escribir los esquemitas que nos propone:

1) Ley	→	Retorno del goce en la ley =
<del>Goce del Otro</del>		Paradoja del superyó
		<i>Asesinato del padre de la horda</i>
2) Dios del goce Yahvé	→	Retorno de la ley como verdad
<del>Dios de la ley</del>		= Antiparadoja del superyó
		<i>Asesinato de Moisés</i>

En la primera fórmula, una operatoria que deja bajo la barra el goce del otro; la paradoja del superyó, el goce que quedó bajo la barra, representado en *Tótem y tabú* en el padre asesinado, retorna. En la ley retorna el goce, es el goce sádico del superyó, cuando la ley no tiene matices, cuando la ley es sólo *din*, no hay *rajamin*,<sup>2</sup> piedad, atenuantes, no hay matices, no hay contemplaciones, es el retorno del padre primordial gozador. Pero, dice Balmès, el asesinato de Moisés no es eso, es lo contrario, es el asesinato del dios de la ley, matar a Atón no es matar a un padre gozador, es eliminar a quien propone verdad y justicia, es situarlo bajo el imperio de Jahvé, dios del goce. Y acá el retorno de lo reprimido tiene un valor instituyente, es el retorno de la ley como verdad. Mientras que en la primera fórmula retorna el goce mortífero, en la segunda es el retorno de la ley que acota el goce. Lacan se basa en esta fórmula para escribir la metáfora paterna. Error de Freud, *Tótem y tabú* no es *Moisés y el monoteísmo* que trae algo absolutamente novedoso. El asesinato del primer Moisés, —no vamos a discutir sobre la realidad histórica, sino sobre la construcción freudiana y lo que eso importa para nosotros como nuestra verdad—, asesinato del sacerdote egipcio, del sacerdote de Atón Maat, es la prueba de que el *parlêtre*, el ser humano, no está naturalmente hecho para la ley, que nuestra sustancia no está

naturalmente destinada a una relación armoniosa con la ley.

En la teoría lacaniana se va desplegando con oscilaciones. Lacan comienza bien, muy bien, por algo lo reconocemos como nuestro maestro, con el Nombre del Padre: desde el seminario *La psicosis* (1981) es el padre que coloca bajo la amarra al deseo de la madre, permite que el hijo en lugar de ser el falo imaginario del otro emerja como sujeto. Este padre como el dios Atón, es el que trae la ley, una ley que recorta un goce, también que instauro un goce como prohibido. En eso coincidimos con Pablo, es la ley la que crea el pecado. Pero Lacan sigue manteniendo la idea de que hay un padre terrible, cuando desarrolla en *Las formaciones del inconciente* los tres tiempos del Edipo: en el segundo tiempo el padre terrible bien podría homologarse a este padre gozador, padre privador, que priva según su capricho. Es verdad que también los tres tiempos del Edipo implican el tercer tiempo cuando el padre, en lugar de ser el que hace la ley, como el padre de Schreber, es el que pasa la ley, por eso es «El hombre Moisés», él no hace la ley, él pasa la ley que Dios le da.

Continúa en la obra de Lacan cuando dice que hay una cuestión «que este padre que por momentos se me aparece como el padre de la ley, por momentos vira al padre del goce». Podríamos quizá resolverla mejor yendo hacia «los nombres del padre». Dice en el seminario *R.S.I.*:

«Dios, él, comporta el conjunto de los efectos del lenguaje, y ahí comprendidos los efectos psicoanalíticos, lo cual no es poco decir. [...] Freud no cree en Dios porque él opera en su propia línea, como testimonia el polvo que nos hecha a los ojos para «moisizarnos». El «moisizamiento» puede ser también el «moisizamiento» del que yo hablaba hace un rato. No solamente que perpetúa la religión sino que la consagra como neurosis ideal [...] acercándola a la neurosis obsesiva que es la neurosis ideal, que merece ser llamada así propiamente hablando. No puede hacer otra cosa porque es imposible, es decir que él era incauto, de la buena manera, de aquella que no erra. No es como yo! Yo no puedo más que testimoniar que yo erro.»

En la teoría lacaniana la errancia quiere decir encuentro y desencuentro con lo real. Lacan se decide a dar un paso más que Freud en relación a Moisés, ¿Por qué? Digo mi tesis: lo dice la Biblia, El Saddy y Elohim son nombres de un solo Dios. Si sigo a Freud, diría que Atón y Yahvé son nombres de un solo Dios. Cuando se trata de Dios en cualquier momento puede virar del Dios del deseo al

Dios del goce. Lacan dice: entonces pasemos del Nombre del Padre a los nombres del padre, que son lo real, y es lo real del goce, lo simbólico, y es lo simbólico de la ley, y lo imaginario, que es lo imaginario del amor. Enlacémoslos de buen modo y eso permitirá que el goce mortífero no nos aplaste. Al año siguiente, en *El sinthôme*, retorna el problema, y bajo un nombre, *perè-version*, homofonía entre versión al padre cuando está orientado a buscar su goce en una mujer, lo cual quiere decir que él no tiene todo el goce en sí, es otra vez su castración, es la buena posición del padre; y la perversión del padre, es el padre que ejerce el goce. Esta *père-version* que vuelve a plantear la dualidad de Atón y Yahvé o de Elohim y El Saddy, precisa un remedio, ese remedio no lo da nuestra estructura, precisa un remedio en lo real, se llama *sinthôme*, haciendo homofonía con *Saint-Homme*, santo hombre. La santidad, dice Lacan en televisión, implica la posición del santo, el que prescinde de los pequeños goces, nosotros diríamos, parasitarios.

Retomemos: la ley en el Antiguo Testamento se presenta bajo el modo de escrituras, son las Tablas de la Ley. Recuerdo el título de nuestro seminario, «Las letras del análisis». ¿Habría relación entre este dios universal, abstracto, portador de valores éticos, y la presentación escrita de la ley?

Esta es nuestra tesis: que el relato nos dice que la ley se sustenta, para ser universal y alcanzar a todos a quienes ella se dirige, en el lugar de la letra. Son las Tablas de la Ley, que el relato bíblico nos dice que Moisés rompe en un ataque de iracundia cuando ve al pueblo con el becerro de oro. También es una manera de señalarnos que al padre no se le puede decir sí sólo una vez, hay que decirle sí por lo menos tres. Las primeras Tablas de la Ley eran de piedra, las segundas también pero las primeras las hizo Dios. Las segundas Dios le dijo a Moisés que las hiciera él aunque las dos, dice el relato, las escribió Dios. Las primeras se pierden, pero retornan con las segundas. El goce no queda acotado sólo con la intervención en lo real, precisa también lo simbólico del padre y aún de lo imaginario.

Hablamos del carácter del pueblo judío, de su historia, pero no de lo que sucede hoy. Somos testigos de un retorno manifiesto del antisemitismo, no sólo el acostumbrado, el de derecha, sino un antisemitismo militante de izquierda. ¿Por qué una vez más? Si me dicen: «bueno, fíjese lo que hace Sharon, tienen razón.» Yo no estoy de acuerdo con lo que hace Sharon, pero ¿eso justifica un retorno del antisemitismo? Un amigo escritor me contó que no pudo publicar en los diarios de Madrid un

anuncio de un libro que escribió en relación al judaísmo porque los diarios de España prefieren en este momento no publicar nada que esté a favor de los judíos. ¿Qué es este antisemitismo, una colección de hechos casuales, o es inherente a nuestra cultura? Freud dice que el judío es perseguido porque tiene una marca, la circuncisión, que recuerda a la antigua castración del padre de la horda. Como nosotros leemos la castración de otro modo que Freud, no como la desgracia que hay que evitar sino como el corte que nos salva de quedar a merced del goce del otro, digo que la circuncisión no es más que una metáfora de la verdad del judaísmo. Nuestra sociedad no es cristiana, es judeo-cristiana, hablo de la occidental, e incluye también al Islam porque vienen las tres de la misma rama: cuando se instaura el Islam, lo hace bajo la proclama «abajo los politeístas cristianos, retornemos al monoteísmo», era el monoteísmo del Dios judaico.

¿Qué muestra este judaísmo que engendra sistemáticamente el antisemitismo? Lo que dijimos, no estamos naturalmente hechos para aceptar la ley. El Dios judaico es el Dios que presentifica la ley y esa ley implica restricción de goce. El ser humano la acepta pero cuando puede prende cohetes y petardos que inician la fiesta, momento en que por un rato caduca la ley. Puede llegar a ser la fiesta lúgubre del campo de concentración.

Se trata de la relación estructural del judaísmo y el cristianismo. No es casual que el año cristiano no se inicie en el nacimiento de Cristo sino en el Brith de Cristo, en la circuncisión de Nuestro Señor. ¿Advierten hasta que punto la sociedad cristiana está marcada por el judaísmo? Efectivamente, un ser humano no nace el día que llega como viviente al mundo sino el día que tiene la marca que lo introduce en la comunidad de los hombres.

Cristo, nos dice el relato, el Evangelio, critica a los fariseos, —eran los judíos, los rabinos supuesto resguardo de la transmisión y cumplimiento de la Ley—. Cristo los critica por hacer negocios en el templo, en el recinto sagrado. Hacer negocios en el templo el día sábado es el goce que irrumpe en desmedro de la ley. Pero Cristo, se nos cuenta también, es el que se reúne con ladrones y prostitutas, aquellos que se consagran al goce y están fuera de la ley. A los fariseos los critica por el desconocimiento de la ley, a los marginales, en cambio, les ofrece el amor real, el ágape, que no es según justicia, es el amor para todos, el amor universal, ese que representan las ramas laterales de la cruz, vale para todos. Pero con un agregado, es para acercarlos a la ley. Como la parábola del hijo

pródigo, cuando el padre dice de su hijo que mientras se perdió en el goce estuvo muerto. El cristianismo no es la renegación de la ley. El cristianismo extiende el mandato al enlazar el amor real del otro a la ley. Pero el cristianismo se desnaturaliza si reniega de su relación a la ley y a Moisés. Por eso la Inquisición es un atentado, no contra el judaísmo, sino contra el legado de Cristo. Que hoy la mayoría de los cristianos desconozca qué es el comienzo del nuevo año es una forma de renegación de su esencia, el cristianismo no puede subsistir sin el reconocimiento de su origen, pues el amor real vale si se enlaza a la ley.

Al contrario, la persistencia del otro, el otro sin barrar, el otro como el lugar del goce, es lo que vemos en nuestros días como integrismos, fundamentalismos, remedos modernos de la Inquisición o del nazismo.

Pero demos un pasito más, que no es cualquiera, que tiene que ver con la dificultad de Freud: plantear un dios único, un dios abstracto, un dios portador de valores éticos de verdad y justicia, un dios que no acepta un más allá, —porque el judaísmo primitivo no hablaba de un paraíso, eso vino luego—, un dios que no precisa de rituales, —los profetas decían que lo esencial era la fe, después hubo agregados de los grupos sacerdotales judíos que pautaron lo que se llama la Halajá—, es la antesala de su propia inexistencia y también del verdadero legado que un padre puede hacer. Lacan nos dice que del padre se puede prescindir. Es verdad, del padre gozador se puede prescindir; pero a condición de servirse de él, dice Lacan. Es verdad, a condición de servirse del padre de la ley. Pero como Atón y Yahvé son dos caras de la misma persona, nada asegura que sin una condición no vuelva lo peor. ¿Cuál podría ser la condición? La que remedie la *perè-version*, el *sinthôme*, que en la teoría lacaniana se presenta bajo dos modos, como La mujer, la que presentifica el lugar de la falta, por algo San Agustín decía que era la encarnación del diablo, y en la escritura, como Lacan la pensó en Joyce. Yo agrego «el otro», no el otro con mayúscula, el otro constituido por los tres registros, como el padre real, que está constituido por real, simbólico e imaginario, y que cuando es invocado lo llamamos prójimo. De ahí se entiende esa insistencia que está en el Antiguo Testamento y se renueva en el Evangelio: «amarás al prójimo como a ti mismo» no por caridad sino para reencontrarte con tu falta. El límite de Lacan, voy a tocar a nuestro padre, es que no se incluyó en lo que él mismo expuso cuando dijo «no espero nada de los hombres sino de las funciones», nosotros diremos los dispositivos, una disposición. El dispositivo es

un orden simbólico, un conjunto de normas y pautas puestas en lo real, que se presenta en la escena propiciando la creación y el goce canalizado, supera la ilusión de la fraternidad, porque hay lugar para el padre, su lógica, y supera la religión porque no hay dios padre, ni padre-dios.

Concluyo, es mi herejía: cuando Lacan dijo «fundo solo» fue un chiste, fundó con más de cien analistas que estuvieron con él, y aún porque esos analistas lo impulsaron a decir «yo fundo». Y cuando dijo «yo disuelvo», como sucede en la historia, no sabemos si fue el inicio de una farsa o de una tragedia.

Los invito a que conversemos.

#### PREGUNTAS:

Pregunta: ¿Qué relación tendría la historia griega con la del pueblo hebreo, pueblo esclavizado?

Isidoro Vegh: Freud se pregunta por qué razón el pueblo griego no construyó una religión basada en principios éticos, con un dios universal y abstracto como hizo el judaísmo y lo sostuvo a través de los siglos. En el libro de Yerushalmi hay una postal que Freud le envía a Abraham, su discípulo, cuando está ante el Arco de Triunfo en homenaje a la conquista de Jerusalén, donde se ve a los judíos llevando el candelabro sagrado. Freud escribe «nosotros todavía existimos». Implícito: «los romanos que conquistaron Jerusalén, ya no». Freud ante la pregunta de por qué los griegos no persistieron dice que no tuvieron el impulso que tuvo el pueblo judío para sostenerse en la fe a Dios: el asesinato del padre primordial. Freud tiene razón, con un leve deslizamiento: no se trata del asesinato, del crimen del cual habría que sentirse culpables, sino del avance que cuestiona al dios del goce, hasta decirle a Zeus «¿por qué te voy a venerar?». Tal vez por eso tantos pensadores judíos se ven llevados al umbral de la inexistencia del otro, a una posición atea.

Jorge Belinsky: ante todo te quería agradecer la exposición brillantísima, como siempre, muy profunda, levemente tramposa porque dijiste que iba a ser sencilla y es de una enorme densidad. Entonces hay tantos puntos que yo quiero tomar sólo uno que me parece que podría prolongar la reflexión tuya y ser así de utilidad. Te enseño mis cartas. Voy a trabajar con la definición de origen de Benjamin y con las reflexiones que hace Paul de Man en Alegorías de la lectura sobre la ley y la promesa. Benjamin hace una acotación que me parece vital donde dice que el origen tiene que ver con la prehistoria, esto sería muy sencillo, pero también con la poshistoria y que se despliega a lo largo de la historia. Marcaste la cuestión del padre del goce que yo creo que remitiría hacia la prehistoria, el padre de la ley que más bien sería el despliegue en el tiempo histórico y quedaría lo de la poshistoria. Para

prologar ahí, qué operador funciona ahí, voy a tomar un elemento de tu propia exposición, otra carta pero esta vez tuya. Vos dijiste «al padre hay que decirle sí por lo menos tres veces», marcaste dos Tablas de la Ley. Un problema que para mí es vital y que en este punto difiero ligeramente pero no estoy seguro, dijiste que las dos fueron escritas por Dios.

I.V.: Así dice el texto.

J. B.: Yo creo que el texto dice que en la primera sí y en la segunda Dios se las dictó.

I.V.: No, lo cotejé ayer en la Biblia de Jerusalén.

J.B.: Lo leíste sobre la Biblia.

I.V.: Sí, Dios le dice en la segunda vuelta «prepara las tablas como las primeras, tráelas que yo las escribiré». Así dice en Éxodo.

J.B.: Cotéjalo después en Deuteronomio porque yo creo que hay un momento que dice eso y otro en que fluctúa y le dice «oye que te dictaré». Dijiste «tres veces» pero marcaste dos tablas, falta el tercer momento. A su vez tomaste la palabra *Maat* como central. Ésta conecta con *Emeth*, con la palabra hebrea para verdad que es verdad como *Em*, madre, origen, y *met*, *mavet*, muerte, final, es lo que está entre el origen y el final. La pregunta y también una sugerencia para pensarlo, es si no habría también una figura del padre vinculado con el porvenir donde el operador central no sería ya ni el goce ni la ley, pero tendría que ver con la transmisión y el porvenir estaría vinculado como operador central con la promesa.

I.V.: te agradezco tus exagerados elogios, por supuesto que me halagan. Gracias a otro amigo que hoy no pudo estar, que escribió un libro sobre Moisés y la cuestión de lo trágico en el judaísmo, Santiago Kovadloff, pude modificar mi relación a una frase de Lacan, de esas que le encantan, petardistas, cuando dice «la esperanza es el mejor camino al suicidio». Durante un tiempo la repetía con gran entusiasmo hasta que gracias a mi amigo empecé a interrogarla. Si la esperanza quiere decir «me voy a quedar sentado esperando que Dios me de el maná» es el mejor camino al suicidio. Pero si la esperanza quiere decir que tengo una disconformidad con lo que hoy me observo siendo, con lo que es mi mundo, y tendría ganas de que fuera distinto, no está mal. En este caso el mesianismo judío representa no tanto «esperemos sentados que llegue el mundo paradisiaco», sino la confesión en acto de que tenemos que hacer algo para que este mundo sea mejor. Creo que es la misma discusión que hay actualmente sobre la utopía. Si utopía quiere decir lo irrealizable y apunta a pavadas, no vale, es el mejor camino al suicidio, pero si utopía quiere decir lo que no tiene lugar en la realidad cotidiana pero nos invita al acto, es propiciatoria. Entonces el tercer tiempo, donde se podría dejar de estar a merced de ese movimiento giratorio entre Atón o Yahvé, El Saddy o Elohim, sería eso que Nietzsche valoraba más que a

la verdad: la creación. El niño de la parábola de Zaratustra representa la creación. Un texto de Nietzsche se llama *Aurora*, el comienzo del día, cuando todo está por crearse; es la invitación a la creación que nos enfrenta con nuestra falta pero nos da una oportunidad para canalizar el goce.

P: Yo también quiero agradecer, me encantó el seminario, y una observación respecto de esta cuestión de posible articulación entre psicoanálisis y judaísmo. El pacto que se nombra *brith*, la circuncisión, se nombra *Brith Mula* y *Mula* quiere decir palabra, es un pacto con la palabra. Me preguntaba si no habría ahí alguna razón para que en tanto psicoanalistas demos tanta prioridad a la palabra.

I.V.: Mi lectura del mandamiento que dice «no matarás», encuentra que está elidida la segunda parte. «No matarás» quiere decir que eres un *parlêtre*, resolverás los conflictos en el campo de la palabra, he ahí el pacto. Matar lleva el goce al extremo. No matarás es una invitación a la palabra. Y en la palabra es irremediable el malentendido, pero de malentendido en malentendido, como en este seminario que otra vez concluimos, seguramente abrirá a nuevos malentendidos, vamos deslizando cada vez otro paso.

P: Te quería preguntar algo más sobre esta cuestión del santo hombre como salida de la *perè-version* paterna.

I.V: Lacan habla de la santidad en la entrevista que le hicieron en televisión donde dijo «si creen esos que no me siguieron que ahora van a escuchar algo más fácil, que esperen sentados». Efectivamente, habló más difícil que nunca. Allí mencionó esta cuestión de la santidad, que el santo es aquél que *décharite*,<sup>3</sup> es aquél que además de hacer la caridad puede desposeerse, prescindir de los pequeños goces. En la misma línea lo citó a Kierkegaard cuando renuncia a la mujer de sus amores porque busca una realización en segundo grado. Después dice que esa posición de santidad sería esperable también del analista. Traduzco, no es un mandato de perfección que sabemos no realizable, sino una condición inherente a nuestra práctica: el analista es aquél que suspende su goce para no ceder en su deseo. No es por fobia o por mandato superyoico que el analista suspende su goce, la lógica del acto analítico hace imprescindible la suspensión.

P: Me hiciste recordar una anécdota muy linda de Freud con esto de los reparos que él tenía para publicar ese

tercer ensayo de *Moisés y el monoteísmo*. En la Viena de sus últimos tiempos, cuando quemaban sus libros, él dijo «vamos avanzando, en el medioevo me hubieran quemado a mí.» Con esa ironía creo que también trae un poco de los reparos que tenía de publicar en Viena, porque una vez que estuvo en Londres, respirando otro ambiente, lo retomó.

I.V.: Con un agregado, cuando la persecución nazi llegó a los umbrales de su casa, Freud se acordó de Johanán ben Zakkai, aquél que sacaron en un ataúd del sitio de Jerusalem cuando Tito la invadió y destruyó el Templo por segunda vez. Pudo seguir vivo, y cuando el emperador le preguntó qué quería, dijo que lo único que anhelaba era fundar una escuela en Iabné. Freud sabía que la posibilidad de continuar tenía que ver con la letra. Es lo que estamos intentando.

Muchas gracias

**Isidoro Vegh**

Pueyrredón 2160 1º D

Tel: 4803-9087

isidoro@vegh.com.ar

## Notas

1. Texto de la exposición realizada en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, el 5-12-03 en el seminario homónimo.
2. Términos hebreos que significan «ley» y «piedad».
3. Juega con *charité* y *déchet*, «caridad» y «desecho»

## Bibliografía

- BALMÉS, F. (1999). *El nombre, la ley, la voz. Freud y Moisés: escrituras del padre*, 2. p. 114. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- DERRIDA, J. (1997). *Mal de archivo*, p. 28. Madrid: Editorial Trotta.
- FREUD, S. *Moisés y la religión monoteísta, OC, Tomo XXIII*, p. 7. Barcelona: Amorrortu.
- LACAN, J. (1981). *Le séminaire, livre III. Les psychoses*, p. 243. Paris: Éditions du Seuil.
- YERUSHALMI, Y. H. (1991). *Freud's Moses*. Yale University Press.